

lágrimas para expiación de nuestras culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois madre nuestra, madre de misericordia, madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á vos clamamos, á vos suspiramos en este valle de lágrimas: mostrádnos despues de este destierro á Jesus vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus.

La santidad y la magnificencia brillan en su santuario.

Salmo 95. v. 6.

Con estas pomposas expresiones celebra el Espíritu santo, por boca de David, la grandeza y magnificencia del templo de Jerusalem. Salomon tuvo la gloria de ejecutar los piadosos designios de su padre en la construccion de este templo, admiracion del universo, honor del pueblo de Dios y consuelo de los verdaderos israelitas. Aquí con la magnificencia brillaba la santidad; la majestad que residia en él como en propiciatorio, no solo infundia respeto á los levitas, sino á las naciones incircuncisas, admirando todos su santidad y su esplendor: *sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus.*

¿ Con qué palabras pues mas á propósito podria yo ensayar el elogio de nuestra Señora de las Mercedes? La santidad y la magnificencia que sirvieron de cuna á su venerable orden, la han aereditado en todo tiempo á honra y gloria de Dios y beneficio de sus prójimos. La Madre de misericordia, que desde la alteza de su gloria se dignó arrojar una mirada favorable sobre los miserables cautivos que gemian entre cadenas, formó el gran proyecto de su libertad: personas de eminente ciencia y piedad fueron elegidas por primicias de la redencion: reyes

magníficos y caritativos ofrecieron sus palacios y sus tesoros para construir los primeros hospicios, y una nobleza aguerrida de comun acuerdo con los zelosos religiosos dió feliz principio á la grande y magnífica obra de la redencion. Hé aquí un breve análisis del elogio que pretendo en esta hora consagrar á María santísima de la Merced, de redencion de cautivos.

Para proceder con algun órden considero dos cosas en esta grande y excelente obra; á saber, el proyecto y la ejecucion. La santidad mas sublime formó el proyecto, y la caridad mas magnífica lo ha ejecutado: *sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus*. Para decirlo de una vez, la santidad presidió al establecimiento de esta venerable órden de la Merced, y la caridad la ha sostenido. Santidad de parte de los que la establecieron; primera reflexion: caridad magnífica de parte de los que fomentaron y han sostenido el establecimiento, segunda reflexion. Para exponerlas, cual conviene á la cátedra de la verdad, pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel del Señor. *Ave Maria*.

Por poco que reflexionemos sobre la historia civil y eclesiástica de los diez últimos siglos, hallamos famosos y benéficos establecimientos, que acreditan, ya el patriotismo de los poderosos á favor de la humanidad, ya la piedad y zelo de ciertas almas grandes á favor de la Religion. Los primeros son dignos de elogio y el honor de la patria, y los segundos son acreedores á nuestra veneracion, y son el consuelo de la Iglesia. Mas sin perjudicar á unos ni á otros en la gloria que merecen por su patriotismo y su amor á la virtud, veo la sagrada órden de la Merced elevada al grado mas sublime de caridad y de piedad religiosa. Veo en ella resplandecer la mas alta santidad en su institucion, en sus primeros fundadores y en sus motivos.

Fué la Madre de Dios la que formó este gran proyecto de caridad; fueron hombres eminentes en santidad, á quienes se confió su ejecucion, y son los miembros de Jesucristo que gimen entre cadenas, el objeto de esta excelente caridad. ¿No es esto haber la santidad presidido al establecimiento de la sagrada órden de la Merced? *Sanctimonia in sanctificatione ejus*. Dichosa órden! tú fuiste formada originalmente en el cielo,

donde todo es perfecto y la caridad se consuma. La Madre de misericordia, desde el seno de gloria y de potestad que la rodea, arroja una mirada favorable sobre los miserables cautivos, que gimen entre cadenas bajo la dominacion tiránica del moro y del sarraceno. Los males que sufren estos desgraciados cristianos, y el peligro de renegar á que se hallan expuestos, la mueven á compasion, y medita un establecimiento destinado particularmente á negociar su libertad. Este plan de heroica caridad se traza á los piés del trono de Jesucristo, que derramó su sangre por libertar al hombre de los hierros en que le tenia Satanas; y la ejecucion de tan singular proyecto se confió inmediatamente á hombres de misericordia. Pero sus primeros fundamentos se zanjaron en el cielo bajo la tutela de María, madre del verdadero Dios. Orígen singular que distingue de las demas á su venerable órden.

Yo, señores, miraré siempre con veneracion y respeto á los Basilio, Benitos, Bernardos, Domingos, Franciscos, Brunos, estos héroes célebres en los anales de la Iglesia, ángeles del desierto, que supieron representar á los ojos del mundo las maravillas obradas por los anacoretas del Egipto y la Tebaida. Pero cuando considero á la Madre de Dios, la veo elevarse sobre toda pura criatura, y que siendo superior á los mismos ángeles como reina, no puede jamas compararse con estos santos fundadores. Hé aquí la singular prerogativa de la órden de la Merced. Su origen fué en el cielo, y la Madre de Dios su fundadora; y hé aquí lo que ha animado siempre á sus dignos hijos, para emprender las redenciones mas difíciles y mas peligrosas. Ellos saben, dice un sabio, que marchan bajo las órdenes de la santa Virgen, que ejecutan el gran proyecto de caridad que ha formado en ella el cielo, y que comunicó á hombres eminentes en santidad y en piedad cristiana. La devocion á María y el zelo por la redencion de cautivos anunciarán en todo tiempo la grandeza de esta sagrada órden en la Iglesia.

Yo bien sé, señores, la exactitud y delicadeza con que debe anunciarse una revelacion, para no proponer á los fieles fábulas ni ficciones. Yo bien sé, que los milagros, para ser creídos, exigen testjmonios auténticos; y detesto en esta hora todo culto supersticioso que el error ó la mentira han inventado. Pero la maravilla de que os hablo, está apoyada en historias fieles, confirmada por hombres santos y contemporáneos, y sobre to-

do anunciada y autorizada por la Iglesia, á quien corresponde arreglar el verdadero culto de los fieles. Y si me preguntáis en qué consiste que los herejes y libertinos se hayan declarado con tanto furor contra estos auténticos testimonios, os diré que todos los que miran con desprecio á la Iglesia y á sus santos, menosprecian asimismo el culto de la Madre de Dios, y se burlan de sus apariciones y milagros. Corramos un espeso velo á los escritos de Lutero, Calvino y sus prosélitos, y cerremos el oído á sus blasfemias: las de Nestorio y de Juliano no fueron tan execrables. Yo sé el caso que harian de la maravilla que os predico. Ellos son ciegos voluntarios y guías de otros ciegos; tengamos compasion á sus secuaces. Y ¿son estos, por ventura, los únicos enemigos de este culto y de su maravilloso origen? Ah! yo me escandalizo y me estremezco al ver que en el seno mismo de la Iglesia haya tantos críticos mordaces y censores morosos de la devocion de María. Yo quisiera me dijeran estos bellos espíritus, en qué consiste que en las disputas literarias, para averiguar una época ó exponer un sistema, se citen, segun las leyes de la crítica, los testimonios de autores contemporáneos como pruebas decisivas, y que al mismo tiempo se hable con tanto menosprecio de la Iglesia, que declara auténticas ciertas maravillas, y que se ridiculicen los testimonios de santos é ilustres personajes, que no solo fueron contemporáneos de los sucesos, sino sus primeros depositarios. ¿Dónde está la lógica, dónde la crítica, dónde la buena fe? No dudo sospechar que esta inconsecuencia procede de que la Religion y la piedad les incomodan, y solo les agradan las máximas del mundo.

Mas opongamos á estos monstruos de incredulidad testigos venerables, que fueron los primeros depositarios del gran proyecto de María para la redencion de cautivos. Estos favores singulares de la Madre de Dios son una prueba auténtica de la alta santidad y generosa piedad de unos héroes, á quienes confiaba el establecimiento de la orden de la Merced. En el siglo XII suscitó el Señor á san Pedro Nolasco, este taumaturgo de los últimos siglos, á quien la Virgen madre honró varias veces con su presencia. Este varon de insigne santidad fué el que eligió la Madre de misericordia, para que adornase la cuna de su cautiva redencion. ¡Qué rasgos de magnificencia se presentan aquí á mi imaginacion! ¡Qué grandes, qué admirables héroes elige

el Señor para sus adorables designios! Pedro Nolasco por su caridad, su zelo, su fe, su santidad y sus milagros, era tenido por el oráculo de su siglo. Su piedad estaba acompañada con un gran talento, destreza y habilidad para los negocios mas importantes; capaz por consiguiente de servir á Dios y al César, y de santificarse no solo en el retiro, sino en medio del bullicio y negocios de la corte. Por este medio, sin dejar de ser un modelo de santidad en el claustro, vino á ser de suma utilidad al rey de Aragon, que le confió los negocios mas delicados. Este varon singular sabia manejar con prudencia los intereses de sus príncipes y la importante comision de la Madre de Dios.

Pero qué digo? si aún ántes de la aparicion de la Virgen habia ya libertado del cautiverio, dice un historiador de su vida, á mas de tres mil cristianos, y se habia voluntariamente ofrecido á quedar entre cadenas por la libertad de sus hermanos en Jesucristo. ¡Qué zelo el de Nolasco por la Iglesia! qué firmeza en sostener la Religion! Cuando apareció la herejía de los albigenses, se le vió mostrar la constancia de los Atanasios, Ambrosios y Crisóstomos contra aquel torrente de iniquidad. Qué mas? Aún cargado de hierros por la libertad de los cristianos cautivos, no cesaba de predicar á los bárbaros el evangelio de Jesucristo, logrando ver convertidos á muchos de ellos, postrados á sus piés, bañados de lágrimas, avergonzados de los delirios de su secta y suspirando por el bautismo. ¡Qué consuelo para este varon apostólico ver los copiosos frutos, que el Señor se habia dignado sacar de su ministerio en la cautividad!

Á este singular héroe de la caridad elige la Madre de misericordia, para que presida el glorioso establecimiento de la orden de la Merced para redencion de cautivos; y para que le sirviesen de auxiliares en tan grande empresa, se dignó la Señora revelar el proyecto al mismo tiempo á Raimundo de Peñafort, confesor de Nolasco, y á Jacobo I de Aragon, ilustres ambos, el primero por su erudicion y santidad, y el segundo por su piedad y zelo por el esplendor de la Iglesia. Á estos dos santos, que veneramos sobre los altares, y á aquel gran rey, que será siempre memorable en los anales de España, se dignó aparecer la Virgen, para que tan grandes personajes dieran testimonio auténtico de esta maravilla, cuyas deposiciones irrefragables, sujetas al juicio de la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, la hiciesen revestir de la autoridad y autenticidad neces-

ria, para no ser mirada como una fábula inventada á placer. ¿Qué excepcion en efecto podrán oponer los críticos al testimonio de estos tres ilustres personajes? Y si su dicho uniforme es recusable, ¿qué hecho histórico sagrado ni profano quedará á cubierto de la crítica?

Jesucristo, dice san Leon, condujo á tres de sus discípulos sobre el Tabor : allí dejó el Señor que se manifestasen algunos rayos de su divinidad. Expuso á sus ojos el rápido espectáculo de una gloria que los deslumbra y encanta, á fin de que el testimonio de estos tres apóstoles publicase auténticamente su grandeza; y aunque les prohibió referir esta vision ántes de su muerte, les permitió anunciarla despues de su resurreccion. Para confirmar su testimonio y ponerlo á cubierto de censores descontentadizos, se dignó revelar en otra parte (1), que el testimonio de dos ó tres personas respetables era suficiente para acreditar la verdad : *in ore duorum vel trium testium stat omne verbum*. Y hé aquí la sabiduría y prudencia con que la Madre de Dios quiso se publicase auténticamente el establecimiento de la orden de la Merced, revelando á un mismo tiempo á dos grandes santos y á un rey piadoso, que seria muy acepta á sus ojos y á los de su santísimo Hijo la institucion de la redencion de cautivos.

No penséis que ignoro aquel célebre oráculo de la Escritura, de no creer á todo espíritu : *nolite omni spiritui credere* (2). Yo sé que en las devociones populares se han introducido á veces grandes abusos y prácticas contrarias á la pureza del culto; pero me consta al mismo tiempo la atencion de los obispos en proponer únicamente á los fieles hechos auténticos y objetos de edificacion. Todo lo que no manifiesta el augusto carácter de la verdad, dice un sabio prelado, todo lo que no dimana de las fuentes puras de la antigüedad, todo lo que no está autorizado por la Iglesia ó por el supremo pontífice, es desechado y reprobado por los pastores. Mas cuando veo las maravillas del establecimiento de la sagrada orden de la Merced recibidas en toda la Iglesia; cuando veo á los obispos que las oyen publicar con placer, y que honran á los ministros que las anuncian á los pueblos; cuando veo en fin á esta orden que empieza desde su cuna á florecer bajo la proteccion del sumo pontífice, y atiengo al

(1) *Matth. c. 18. v. 16.* (2) *I. Joann. c. 4. v. 1.*

objeto á que se dirige, que es la libertad de los miembros de Jesucristo, gimiendo entre cadenas en poder de los bárbaros, no puedo dejar de conocer y publicar que todo es justo y santo en este establecimiento.

Ah! ¿quién no se moverá á compasion al considerar las aflicciones y trabajos de sus hermanos bajo la dominacion de los infieles? La pena de carecer de su patria, de no ver á sus padres, mujeres, hijos y amigos, junto con la de sus malos tratamientos, y estar privados por mucho tiempo de los consuelos de la Religion, por no hallar regularmente ministros para el desahogo y tranquilidad de sus conciencias; ¿no son estos otros tantos motivos para considerarlos lamentándose, como los judíos cautivos en Babilonia, y llorando amargamente sobre las márgenes de los rios, al acordarse de Sion y de su amada Jerusalem? El que tenga espíritu de caridad, ¿dejará de commoverse á imitacion de Jeremías, al ver las aflicciones de sus hermanos? Nuestra caridad que debe extenderse mas allá del sepulcro, ¿no deberá penetrar en los reinos bárbaros para alivio de los que gimen bajo duras cadenas? ¿Qué motivos mas poderosos para mover nuestros corazones á caridad y nuestras manos á liberalidades? Ellos tocaron y conmovieron el de María en el solio de su grandeza; y sus entrañas de misericordia comisionaron este gran proyecto de caridad á varones santos y monarcas piadosos á favor de los cautivos.

Yo no los miro á todos como santos é inculpables; pero sí bajo la augusta cualidad y glorioso título de cristianos. Presento á los ojos de vuestra mente una multitud de infelices apartados de su patria y familia, cargados de hierro, aplicados á los mas duros trabajos, alimentados por la mayor parte con el pan de lágrimas, y expuestos á renegar de Jesucristo abjurando la Religion de sus padres, ya sea por la persuasion del interes, ya por la violencia que á veces se les hace. ¿Qué motivos tan poderosos para excitar la caridad! Y ¿no fueron principalmente estos los que movieron á la Madre de misericordia, para idear el religioso establecimiento de la redencion de cautivos, y para comisionar su organizacion y ejecucion á varones insignes en santidad y en magnificencia? Mas esta segunda cualidad corresponde á la segunda parte de este elogio, en que paso á manifestaros, que Dios se ha dignado suscitar en el santuario, sobre los tronos y en todos los estados, hombres zelosos para sos-

tener y perpetuar la redencion de los cautivos cristianos, con espíritu de magnificencia : *et magnificentia in sanctificatione ejus.*

¡Qué multitud de héroes de caridad nos presenta la historia en la órden de la Merced, qué respetables, qué magníficos! Los religiosos que la componen, exponen su vida por la redencion de los cautivos; los reyes ofrecen sus palacios y sus tesoros; la grandeza manifiesta sus liberalidades; los pueblos aumentan con generosidad los fondos de tan piadoso establecimiento. Enjugád vuestras lágrimas, cautivos afligidos, porque ya se trata de vuestra redencion y está próxima vuestra libertad, por medio de un establecimiento, que á la eminente santidad de su origen añade la magnificencia de su caridad. Alabemos, señores, con el Espíritu santo á estos hombres misericordiosos, que en la órden de la Merced se han adquirido tanta gloria : *laudemus viros gloriosos.* Admiramos la eminencia de su santidad, sus talentos, las grandes dignidades á que han sido elevados, su prudencia y destreza en el manejo de negocios, y sobre todo su zelo por la libertad de los cautivos. Ah! ¿qué alabanzas no merecen unos hombres que han sabido ganar la confianza de los príncipes bárbaros y de los reyes mas inhumanos? Ellos han vuelto de esos climas feroces cubiertos de reputacion y de gloria : el feliz suceso de sus negociaciones los ha recompensado del penoso trabajo de sus viajes. El esposo restituído á la esposa, el hijo al padre, el ciudadano á su patria, han sido otros tantos laureles con que han sido coronados, y que les han adquirido las bendiciones de los pueblos. Hombres santos y dignos de toda alabanza, pues si recorremos los fastos de la Iglesia, veremos sus hechos heroicos, su ardiente caridad y el culto público con que debemos honrar á estos primeros redentores, colocados sobre nuestros altares. La Iglesia, que no puede ser engañada ni engañarnos, despues de habérnoslos propuesto como héroes de imitacion sobre la tierra, nos los presenta en el dia como santos que reinan en la eternidad. ¿Qué mas elevada santidad, qué caridad mas heroica, que la de exponer su propia vida por la libertad de sus hermanos cautivos?

¿Qué no podría decirnos de los talentos y erudicion de estos primeros jefes de la Merced? Aquí veriais resplandecer la caridad de unos sobre diferentes teatros del oriente, dulcificando por sola su presencia la ferocidad de los príncipes mas crueles,

quebrar las cadenas de una infinidad de esclavos; miéntras otros ocupados en regentar las cátedras de las universidades mas famosas, sostenian con esplendor la Religion de sus mayores. Allí veriais varones famosos elevados por la Iglesia á las primeras dignidades por su ingenio y ardiente caridad, pues como el supremo pastor veía hombres que exponian su vida por la libertad de los cristianos, no dudaba la expondrian por la salud de las almas que se les confiaban. Con este motivo vemos á muchos religiosos de esta sagrada órden colocados por la Iglesia en las primeras sillas episcopales del oriente, y aún elevados á la dignidad cardenalicia, para honrar con la púrpura romana sus virtudes y talentos.

No me detengo á elogiar la destreza con que manejaron los asuntos gravísimos que les confiaron los reyes de Aragon y aún los de Francia, á cuyas cortes no los condujo la ambicion, sino el deseo de lo justo y el bien de sus hermanos. ¡Quién pudiera hablaros con extension de su ardiente zelo por la libertad de los cautivos! Veriais á estos primeros redentores entrar intrépidos en Argel, en Trípoli, en Marruécos y en Túnez, cuyos reyes ó dinastas no eran ménos crueles é inhumanos que los emperadores que persiguieron la Iglesia por espacio de tres siglos; y observariais, que si la cuna de la Iglesia fué rociada con la sangre de muchos mártires, tambien lo fué la de la Merced con la de sus primeros redentores. Hé aquí unos héroes de caridad, que la Iglesia ofrece á nuestra veneracion, bien diferentes de los fariseos, que contentos con observar ciertas prácticas exteriores de la Religion, solicitaban una vida cómoda é indulgente para sí mismos y severa para los demas, satisfechos con desacreditar las acciones del prójimo, queriendo canonizar sus delitos á la sombra de su hipocresía. Pero estos obreros que pusieron en ejecucion el proyecto de la redencion, abandonaron su patria, renunciaron las dulzuras de su familia, emprendieron penosos viajes por mar y por tierra, y expusieron sus vidas muchas veces á impulsos de su caridad y de su ardiente zelo por la libertad de los cautivos cristianos que gemian entre cadenas, deseando como san Pablo ser anatema por sus hermanos. Varones verdaderamente apostólicos, que con su ejemplo encendian la caridad de los pueblos, excitaban la misericordia de los príncipes y de los poderosos, haciéndoles mostrar su

magnificencia en la caritativa obra de la redencion ; *et magnificentia in sanctificatione ejus.*

Ni penséis, señores, que haya desaparecido este ardiente zelo con la muerte de los ilustres héroes que acabo de elogiar, pues lo hemos visto continuado en sus sucesores, hasta que la ilustracion y conquistas de algunos príncipes han hecho desaparecer en nuestros dias ese borron de la humanidad, esa afrenta que á ella, no ménos que á la santa Religion, se ha estado haciendo por tantos siglos, á las puertas y á la vista de la Europa culta. ¿No los hemos visto muchas veces dejar su santo retiro, separarse de sus hermanos y de sus amigos, é interrumpir sus estudios, para ir á desatar las prisiones de los cautivos? ¿No los hemos visto volver llenos de alegría, seguidos de sus caritativas conquistas? ¿Cómo podremos dejar de admirar y elogiar su zelo por sostener la órden de la Merced, y la magnificencia de los reyes que la protegian? Dios, en cuyas manos está el corazon de estas majestades de la tierra, ha dispuesto que sirvan á la ejecucion de sus designios. Á este fin les dió la espada de la autoridad suprema, para que reinen en su nombre, y le den cuenta estrecha del rebaño que les ha encomendado. Bien pudiera el Señor, usando de la omnipotencia con que sacó al mundo de la nada, haber hecho florecer el cristianismo desde su origen; pudiera haber trastornado todos los tronos de los reyes impíos y tiranos, como lo ejecutó con los de Canaan en otro tiempo, y con los de los caldeos, medos, griegos y romanos en la sucesion de los siglos. Su mano no está abreviada, ni su brazo impedido, y su potencia es irresistible.

Mas su infinita sabiduría ha tenido por conveniente oponer de ordinario hombres á hombres; es decir, hombres buenos á los malos, reyes religiosos y clementes á los impíos y crueles; sabios, humildes y dóciles, á los soberbios y temerarios. Recorramos, aunque con rapidez, los fastos de la historia, y hallaremos que el Señor se sirve del gran Constantino para dar paz á su Iglesia, desolada y perseguida por espacio de tres siglos. En esta memorable época la vemos salir de la oscuridad y extenderse por todo el mundo, cubierta de esplendor y de gloria. Bajo este mismo plan de providencia aquel Dios grande, que con solo el ruído de las trompetas y la presencia del Arca

hizo venir á tierra los soberbios muros de Jericó, pudo sufocar en su cuna todas las herejías; pero tuvo por mas conveniente suscitar en los oportunos tiempos á los Policarpos, Ireneos, Justinos, Epifanios, Crisóstomos, Ambrosios y Augustinos, para omitir otros muchos héroes de la Religion, á quienes comunicó sus luces, para que pusiesen los dogmas de la Iglesia á cubierto de los errores de la impiedad, de la infidelidad y de la irreligion. Bajo el mismo plan, y á favor de los cautivos cristianos, vemos suscitados por el Padre de las misericordias al infante Don Pelayo, á los Alfonsos y Ramiros, al santo rey Don Fernando, á Don Jaime de Aragon, á san Luís rey de Francia y á los Reyes católicos; todos los cuales, animados del espíritu de caridad, trabajaron incesantemente por la libertad de los infelices cautivos que gemian en la esclavitud: *Sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus.*

Vosotros pues, señores, los que tantas veces habéis oído el elogio de la santidad y magnificencia de un establecimiento, meditado en el cielo por la Madre de misericordia, y ejecutado de su órden sobre la tierra por varones ilustres en santidad, en letras, en poder y liberalidad; cuyo objeto ha sido en todos tiempos la grande y mas perfecta obra de caridad, cual es la de aliviar y exponer la propia vida por librar de la cautividad á nuestros hermanos en Jesucristo; no olvidéis, os ruego, que vosotros tambien, estando cautivos, habéis sido redimidos. Y si aquellos, á quienes vosotros habéis sacado de la esclavitud con el precio de vuestras limosnas, deben manifestaros la gratitud, para no incurrir en la fea nota de desagradecidos, no olvidéis que vosotros habéis sido comprados y rescatados á costa de un gran precio: *empti enim estis pretio magno* (1); es decir, con el precio infinito de la sangre de Jesucristo, que fué la preciosa víctima con que fuisteis redimidos de la esclavitud de Satanás, que os tenia encadenados para una eternidad. ¿Cuál pues deberá ser vuestra gratitud y reconocimiento á esta inmensa caridad? Y si vosotros por un impulso de esta principal virtud, en que consiste el complemento de toda la ley, habéis concurrido con liberalidad y magnificencia á la libertad de vuestros hermanos, tenéd caridad de vosotros mismos, redimiendo con limosnas, ayunos, oraciones y penitencias vuestros

(1) I. Cor. c. 6. v. 20.

pecados, porque de nada os servirá haber redimido al prójimo, si os presentáis en el día de la ira ante el tribunal del justo é inexorable Juez esclavos de la culpa. Hacéd pues en tiempo frutos dignos de penitencia, para no caer culpables en las manos de Dios vivo.

Augusta y soberana Madre! desde el solio de grandeza, de santidad y de magnificencia á que os elevó el Altísimo, preservándoos en vuestro origen de la esclavitud de la culpa, en que todos incurrimos por la inobediencia de nuestros primeros padres, llenándoos de dones y de gracias, y exaltándoos sobre todas las jerarquías de la corte celestial, como á reina del cielo y de la tierra; dignaos arrojar una mirada favorable sobre estos miserables hijos de Adán. Pecámos, hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas; mas ¿cómo podremos volver á ellas, si el conductor nos falta? ¿Cómo podremos salir de la esclavitud de la culpa, si no nos alcanzáis una gracia victoriosa y triunfante, que disipe las tinieblas de nuestro entendimiento y ablande la dureza de nuestro corazón? Entónces agradecidos al imponderable beneficio de nuestra redención, conoceremos á Jesucristo, le adoraremos y alabaremos en vida, para gozarle por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

(DE GARCÍA.)

Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum... pro quibus non pepercisti animæ tuæ, propter angustias et tribulationem generis tui... Et dixit omnis populus: fiat, fiat.

Bendito sea el Señor..., porque hoy ha hecho célebre tu nombre en todo el universo, para que no falté tu alabanza de la boca de los hombres..., á cuyo favor has empleado los sentimientos de tu corazón para alivio de sus aflicciones... y el pueblo todo respondió, así sea, así sea.

Judit, c. 13. v. 24, 25 y 26.

Señores, ¿quién es esta mujer tan singular, distinguida con el sello de las misericordias del Todopoderoso, cuyo nombre se ha hecho célebre en todo el universo; que tiernamente compasiva de las angustias de su pueblo, ha empleado su poder, su valor, su sabiduría y todos los sentimientos de su corazón para consolarle, y por lo mismo se ha adquirido el mas bien fundado derecho sobre la estimación, el amor, la admiración y los elogios de cuantos en los futuros siglos tengan noticia de sus gloriosos hechos? Es verdad que las palabras que acabo de proferir son un cántico de confesión y alabanza, con que el pueblo de Betulia tributó sus respetuosos agradecimientos al Dios de Sion por los privilegiados favores con que rompió sus cadenas, enjugó sus lágrimas, acalló los lastimosos ecos de su llanto, avasalló la mano enemiga que le tiranizaba, y le restituyó á su